

El camino largo

La calle de Providencia estaba completamente vacía; el frío se hacía notar, a pesar de estar con una chaqueta gruesa y un gorro de lana. No podía dejar de tiritar.

Ya habían cerrado el metro, y la micro que me llevaba directo a la comuna donde viven mis padres pasaba hasta un cuarto para las doce, así que apuré el paso. El profe se había extendido en la clase y terminó hablando de sus vacaciones.

Por fin estaba en el paradero que tantas veces me había visto llegar a esta hora. Solo había un viejo de baja estatura y mejillas rojas —con "care chicha", diría mi mamá— parado con una pequeña parka azul, pero sin mostrar frío alguno.

Me vio y levantó las cejas en señal de saludo. Le respondí con una mueca parecida a una sonrisa. No andaba con muchas ganas de hacer amigos, y venía escuchando música.

Esperé que la canción terminara para sacar el celular del bolsillo y ver la hora, y la advertencia de batería baja cubrió la pantalla. Apagué la música y tiré los audífonos al fondo de la mochila, que me saqué torpemente con tanta ropa.

Se nos sumó un tipo alto, moreno, con un *montgomery* más mont largo que él —creo que así se llama esa clase de abrigo largo—. Nos miró y nos ignoró olímpicamente.

Luego, una señora del abrigo morado, abrazada a su cartera como si fuera oro, nos vio a los tres y nos sonrió amablemente.

Caían esas gotitas que te hacen dudar si está lloviendo o si se filtró agua de algún aire acondicionado.

Los cuatro en silencio, nos acercábamos sin quererlo, buscando techo para evitar la incipiente lluvia que comenzaba a caer gradualmente.

De pronto, la vimos venir. La espera había terminado: se veía la micro doblando desde Pedro de Valdivia e incorporándose a la calle Providencia, pero no disminuyó la velocidad. Todo lo contrario: al pasar por nuestro lado, vimos al chofer hacer el gesto de "no" con la mano, mientras el vehículo se alejaba arrojando un humo negro, haciéndose pequeño y dejándonos a estos cuatro pasajeros abandonados a nuestra suerte, con más dudas que certezas.

—Parece que iba sin recorrido —dijo la señora del abrigo morado.

—Esa es la última que pasa —sentenció sin piedad el joven alto y moreno.

—Pero si iba sin recorrido, ¿no debería venir otra? —Esperaba que me dieran algo de esperanzas mis inesperados interlocutores.

—No, esta es la última y no pasan más —dijo el alto, seguido de un silencio largo, interrumpido solo por el sonido de los autos que pasaban por la calle y las gotitas de lluvia del paradero, que sonaban con su rítmico repiqueteo.

—¡Ya! Vamos a tener que ir por el camino largo, entonces —exclamó el hombre de mejillas rojas, riendo alegremente.

—¿Cuál es ese? —preguntó el alto con una inesperada voz aguda, como si le hubiesen contado el secreto más grande del mundo. Como si el caballero tuviera una manera de teletransportarse a su casa en segundos.

—Por Patronato —respondió.

Vi en su carita triste cómo se le rompió el corazón al tipo al escuchar esas palabras. Todo santiaguino sabe que, a esta hora, ir a Patronato es muy peligroso. No parecía una opción viable.

—Entre los tres podemos pagar un taxi —nos dijo el tipo a mí y a la señora, ignorando descaradamente al cuarto miembro...

Tenía sentido lo que decía, pero un taxi desde Providencia a nuestra comuna era algo bastante fuera de los presupuestos de cualquiera. Además, estaba la disyuntiva: ¿qué pasa con los que se bajan después? La idea perdió fuerza mientras más la conversábamos.

—Acá pasa una que nos deja en Patronato. Después de ahí podemos tomar otra —explicó, ya con tono pesado y serio. Se debe haber molestado con el del *montgomery* porque lo ignoró—. Cuando salgo más tarde de la cocina, siempre hago ese recorrido.

Me negaba a creer que no pasaran más micros, pero ver la hora en mi celular me desalentó; de pasada, volvió a salir la notificación de batería baja, como si el celular me dijera: “hasta aquí no más llego yo”.

—¡Miren! ¡Justo ahí viene la otra! —gritó el hombre, alzando la mano en señal de parar.

Los tres restantes nos miramos. Teníamos segundos para decidir entre quedarnos ahí a esa hora, con el frío, la lluvia, la incertidumbre de no saber hasta cuándo, o empezar un viaje que no sabíamos dónde terminaría.

Por mi parte, lo seguí y subí con destino a Patronato. Vi cómo me seguían el alto y la señora. Ahí estábamos, como una cuadrilla de guerreros con rumbo a lo desconocido.

El viejo sabio, la dama en apuros, el guerrero inseguro y yo: el aventurero inesperado.

Desde Providencia no era tan lejos, y en el recorrido miraba las luces de la pileta enorme del parque de la Aviación difuminando sus colores a través de una ventana mojada, y los azules y rojos se mezclaban con el amarillo de los focos de los autos. Cuando llueve es cuando más esta comuna se luce.

Seguía Baquedano, y al girar una calle, Bellavista. La puerta se abre y la música y los gritos de carcajadas entran a la micro como un pasajero más. Un grupo de jóvenes igual de ruidosos se baja y se funde con el ambiente.

Cierra la puerta y avanza nuestro transporte; el humo, los gritos, olores y risas van quedando atrás.

Seguimos adentrándonos en las calles de Recoleta. El viejo se movía al ritmo de la micro, la señora apretaba su bolso contra el cuerpo con cara de asustada, el alto miraba para todos lados, tratando de identificar dónde estábamos, como un perro en un bote a punto de naufragar.

Yo iba ahí, asustado y con frío. Me daban ganas de escuchar música para distraerme, pero ocupar lo que quedaba de batería en eso era una irresponsabilidad.

Además, los audífonos los había tirado a la mochila, y tenía miedo de que al abrirla se viera lo que hasta ahora era mi secreto: llevaba el computador.

Ese computador que aún no termina de pagar mi vieja y fue el sacrificio de una familia entera, escondido en una mochila roñosa entre algunos potes sucios y cuadernos baratos.

Me pidió que se lo prestara, ya que necesitaba urgente hacer un trámite, y fue por eso que emprendí este viaje.

Pero no quiero hablar tanto de eso y dejar en evidencia que quizás soy el que más pierde en esta arriesgada aventura.

—¡Llegamos! —dijo el viejo inesperadamente, y se puso de pie.

Los tres nos paramos y lo seguimos, como si fuera nuestro Moisés urbano.

Se bajó por la puerta de adelante y se despidió del chofer deseándole un amistoso “buenas noches”. El gesto me sorprendió.

Nos bajamos en el paradero, Recoleta con Bellavista. Suficientemente lejos del río Mapocho y de La Vega. En una especie de isla de seguridad que da un BancoEstado y la iluminación de una bomba de bomberos. Paradero de un aluminio frío y destrozado.

Nos quedamos parados y en silencio. Al menos había parado la lluvia, y el reflejo del suelo y las luces en la calle hacían que se viera bastante bonita. Esta ciudad no es fea, solo le falta lavarse la cara más seguido.

Pasaron treinta largos minutos. El viejo nos contó que era maestro cocinero en un restaurante en Manuel Montt, el alto, garzón del Giratorio, y la señora hacía aseo en las tardes en unas oficinas de Pedro de Valdivia. Por mi parte, les conté que trabajaba de día y estudiaba de noche. Que viví toda mi niñez en la comuna a la que nos dirigimos, pero ahora vivía con mi pareja en Providencia. Me miraron con recelo; confieso que me sentí como un traidor por unos segundos.

Y se nos acabó la conversación. Solo un silencio, que fue interrumpido por un ruido, como si el suelo empezara a temblar. Un ruido grave y profundo que retumbaba en las paredes...

A lo lejos, una enorme carreta que, en cada paso, se colgaba y quedaba suspendido en el aire un mendigo, venía gritando incoherencias al aire. Al pasar frente a nosotros, el ruido se detuvo y quedamos frente a frente.

—Los van a colgar —y nos sonrió el indigente con cuatro dientes. Después siguió caminando, balanceándose en su ruidoso transporte.

—Igual caemos los cuatro en el carro —dije, para romper el ambiente incómodo.

El viejo sonrió. El tipo y la señora siguieron como si no hubiesen escuchado nada. “Público difícil”, pensé. Quizás el miedo o el frío les quitó el humor, pensé.

Un taxi avanzó lentamente y pasó por nuestro lado. El alto estiró el brazo, abrió la puerta y se subió sin mirar atrás. Así, tan sorpresivo y rápido, nos abandonó a nuestra suerte. No es que aportara tanto su compañía, pero que se fuera desalentó bastante. Era como un soldado que huye antes de empezar una batalla y se va corriendo con los brazos en el aire, sin importar la deshonra ni lo que piensen sus compañeros.

La señora se acercó a mí, como buscando compañía, y me miraba con una cara que transmitía su temor.

Yo le sonreía, como diciendo: “Tranquila, yo la cuido”. El otro guerrero miraba a lo lejos, buscando esa prometida micro que nunca venía.

Después de treinta minutos de silencio, interrumpidos cada cierto tiempo con un “Ya va a venir” que decía el viejo como un mantra —no sé si se lo decía para él o para nosotros—, el momento que tanto temíamos llegó. Cinco tipos a lo lejos venían caminando, con sus manos en los bolsillos y ropas anchas. Sé que puede sonar a prejuicio, pero estar parado a la una de la mañana en un paradero de Patronato con dos personas mayores me hace ser algo menos objetivo.

Se detuvieron tratando de abrir una galería cerrada, lo que por una parte me puso contento, ya que me hacía sentir menos prejuicioso. Luego me preocupaba: si no lo lograban, obvio que vendrían por nosotros.

No, lograron abrirla, pero uno señaló hacia nuestro paradero. O, por qué no, nos señaló a nosotros.

Se alejaron de la gran puerta de metal y siguieron caminando.

“Bueno, señores, fue un placer viajar con ustedes”, pensaba en mi mente mientras miraba a mis dos compañeros y me imaginaba a los tres tocando tristes violines.

“¿Y si corro para esa calle?”, pensé, mirando a todos lados.

Pero miré a mi lado y vi a la pobre señora con cara de espanto. No podía dejarla acá.

Quizás este viejo es amigo de estos cabros y siempre fue su plan. ¿Quién me manda a seguir gente a mitad de la noche?

Hola Dios, soy yo otra vez. Si estás allá arriba, escucha mis plegarias y fulmina a estos cinco tipos, o que caiga un andamio sobre uno y los otros lo ayuden, o envía otro taxi como el del alto y moreno abandonado.

Y esta señora que no deja de acercarse, en cualquier momento me salta a los brazos.

—Ahí viene —dijo el caballero.

Y efectivamente, a lo lejos, dos luces. Que, de todo corazón, esperé que no fueran dos motociclistas tomados de la mano.

Se detuvo frente a nosotros, como una nave espacial, con luces y humo.

Yo y la señora nos subimos lo más rápido que pudimos. La señora tenía una extraña agilidad, seguro creada por el miedo. Quizás la había subestimado y hubiese corrido más rápido que yo, arrastrándome de la mano.

El viejo subía con una calma desesperante.

Mientras, atrás vi que los tipos empezaban a gritar y a correr para subirse a nuestra micro.

“¡Súbete, viejo!”, me dieron ganas de decirle al caballero, agarrarlo y tirarlo para adentro. Pero finalmente se subió y, con la misma paz de siempre, saludó al chofer.

Se cerraron las puertas tras de él, y uno de los sujetos empezó a golpearla mientras corría.

Yo miraba esta situación y pensaba si los dejaría subir, podrían asaltarnos arriba.

—A estos, ni a palos los dejo subir —dijo el chofer, y aceleró, dejándolos atrás.

Uno de ellos me miró a los ojos a través del vidrio de la puerta, mientras se alejaba con rabia y odio. Era bastante feo, pero eso no viene al caso.

Esta vez nos sentamos todos juntos.

La señora a la ventana, el hombre en los asientos de enfrente, yo al lado de la susodicha.

Éramos como sobrevivientes de una guerra. La señora sonreía y hablaba de lo cerca que estuvimos, y me empezó a contar que a su cuñada la asaltaron acá.

El viejo, en silencio, pero sonreía con la soberbia de haber tenido la razón. “Yo les dije”, decía de vez en cuando.

Íbamos casi solos. Solo una pareja de enamorados en el fondo.

El viaje era largo, y mientras veíamos Recoleta volverse Independencia, la señora sentada a mi lado se relajó y empezó a contar pintorescas historias, a las que yo le respondía de vez en cuando con un “no me diga”, que la impulsaba a seguir hablando de la Juanita, de la Julita y tantas señoras con jota y diminutivos que me perdía en el relato.

Después de un buen rato llegamos a nuestro destino: Renca.

Aunque periférica y lejana, tiene eso de pueblo conocido, de refugio, de hogar.

En la plaza se subieron un par de tipos que nos miraron. Quizás pensaron que éramos familia. Tal vez lo fuimos, por un rato, bajo el amparo de esa hora y el traqueteo compartido de la micro.

Un par de vueltas más y la señora me pidió permiso y se despidió con una amabilidad infinita. Me di cuenta de que nunca preguntó mi nombre; yo tampoco se lo pregunté a

ella. Yo era “el joven” y ella “la señora del abrigo morado”, que, a todo esto, me enteré contra mi voluntad que se lo había regalado su hija, que ve poco porque vive en Chillán.

Se bajó, y entre bendiciones y muchos “que llegue bien”, seguí mi recorrido. Solo quedamos el chofer, el viejo y yo.

Afuera, la niebla. Como si el clima fuera otro que en Providencia, donde llovía y las plantas y las luces se iluminaban. Acá era una niebla densa que escondía esta parte de la ciudad, de tipos parados en las esquinas iluminadas por cigarrillos prendidos o autos y motos que pasaban con las luces apagadas.

Como si la perpetua sombra del cerro sobre la comuna y los focos de los postes quebrados hiciera de esta comuna más oscura que las demás. O tal vez era solo mi mirada, cansada y prejuiciosa, la que no alcanzaba a ver con claridad.

Venía mi paradero. Me paré y le estiré la mano al que hasta este momento era un desconocido, y le dije:

—Muchas gracias por todo, don... —y lo miré levantando las cejas, esperando su respuesta.

—Roberto —me dijo, sonriendo, y me apretó la mano, firme pero sin demasiada fuerza.

—Gracias por la aventura, don Roberto.

Caminé hacia donde el chofer, lo miré y le dije buenas noches. Miré a Roberto, que me hizo una reverencia con la cabeza. Sentí en mi corazón que no sería la última vez que lo vería.

Me bajé y pisé un charco de agua que me cubrió todo el pie y me mojó los calcetines. Ciertamente, había vuelto a casa.